6795

JACINTO BENAVENTE

EL MARIDO DE SU VIUDA

COMEDIA EN UN ACTO, ORIGINAL

Copyright, by Jacinto Benavente, 1908

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1908

EL MARIDO DE SU VIUDA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

33

EL MARIDO DE SU VIUDA

COMEDIA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

JACINTO BENAVENTE

Estrenada en el TEATRO PRÍNCIPE ALFONSO la noche del 19 de Octubre de 1908

MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11
Teléfono número 551

1908

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CAROLINA	Matilde Rodríguez Menéndez.
EUDOXIA	Avelina Torres.
PAQUITA	Ana de Siria.
FLORENCIO	Fernando Porredón.
CASALONGA	Fernando Montenegro.
ZURITA	Félix Infiesta.
VALDIVIESO	Samuel Aguado.

En una capital de provincia

ACTO UNICO

Decoración. Gabinete.

ESCENA PRIMERA

CAROLINA y ZURITA

ZUR. (Entrando.) ¡Amiga mía!

CAR. Amigo Zurita; muy amable en haber acudido tan pronto. Yo no sé cómo corresponder á sus atenciones.

ZUR. Encantado siempre de servir á usted en algo, amiga mía.

CAR. Hice que le buscaran á usted por todas partes. Usted perdone si le he molestado, pero el caso era urgente. Me hallo en una situación dificilísima; todo el tacto es poco para no caer en uno de esos ridículos insostenibles... si usted no me salva con sus consejos.

ZUR. Cuente usted con ellos, cuente usted conmigo para todo. Pero ¿usted en ridículo? No puedo creerlo.

CAR. Sí, sí, amigo mío. Usted es el único de quien puedo aconsejarme. Usted es una persona de buen gusto, sus artículos y crónicas de sociedad, son el árbitro del buen tono, las decisiones de usted se respetan, se acatan por todo el mundo.

607916

ZUR. No siempre, no siempre... Más que vengo predicando la supresión de las caderas, con las cuales no hay *toilette* que siente... En otro tiempo, existía aquí una sociedad escogida; pero ahora no es lo mismo, usted lo sabe. Las fortunas improvisadas son tantas y tantas las familias aristocráticas que han venido á menos.. Nuestra sociedad ha cambiado mucho. Dominan los *parvenus*... Y el dinero es insolente. Cree que se basta para improvisarlo todo, educación, buen gusto, maneras distinguidas... Y usted lo sabe, amiga mía, nada de eso se improvisa. La distinción es flor de estufa delicada... Y nos quedan tan pocas gardenias... como usted, amiga mía... En cambio, ¡tenemos cada cardo borriquero! No lo digo por las de Núñez. ¿Cómo dirá usted que amenizan ahora sus miércoles? Con un gramófono, amiga mía, con un gramófono; como en los tupinambas. Siempre es mejor que cuando cantaba la pequeña, recitaba la mediana y tocaban todas... Pero es horrible... Yo me sofoco por ellas, créalo usted.

CAR. Ya sabe usted que yo no asisto á sus miércoles. Sólo los visito cuando sé que no están en casa.

ZUR. Ahora no sirve; dejan el gramófono, y la criada se empeña en que los espere usted, escuchando unos tientos del *Mochuelo*. ¿Y qué remedio? ¿Cómo le desaira usted los tientos á la criada? Pero vamos al caso, estoy impaciente...

CAR. El caso es, como usted sabe, que mañana es el día señalado para la inauguración de la estatua de mi marido... de mi anterior marido...

ZUR. Honor merecidísimo á la memoria de aquel grande hombre, de aquel hombre ilustre, á quien tanto debe esta provincia, España entera. Para todos los que tuvimos el honor de llamarnos amigos suyos, debe ser motivo de satisfacción ver cómo se hace justicia á sus grandes merecimientos, aquí, donde por

pasiones políticas, por envidias, se regatea siempre el mérito de los hombres más eminentes. Pero don Patricio Molinete, no podía tener enemigos... El día de mañana nos consolará de muchas miserias locales.

CAR. Sí, en efecto; debo estar orgullosa y agradecida. Pero, comprenda usted lo delicado de mi situación... Casada en segundas nupcias, ya no llevo su nombre, pero tampoco puedo desentenderme de haberlo llevado, mucho menos, cuando todo el mundo sabe que fuimos un matrimonio modelo... Yo habría salvado la situación ausentándome estos días, pretextando una indisposición... Pero ¿cómo se habría interpretado? Como un desaire, acaso como una protesta...

ZUR. Seguramente. Si por circunstancias de la vida, muy respetables, ya no lleva usted aquel nombre ilustre, no por eso puede usted dejar de compartir el honor de haberlo llevado dignamente. Para su actual marido no puede haber ofensa.

CAR. No; pobre Florencio... El fué el primero en indicarme que yo debía participar en todo de esta satisfacción... Mi pobre Florencio, fué siempre el primer admirador de mi pobre Patricio... Sus ideas políticas eran las mismas, en todo pensaban lo mismo.

ZUR. Así parece.

CAR. Dígalo usted. Mi pobre Patricio me quería tanto que él, sin duda, hizo pensar á mi pobre Florencio en que algo había en mí para merecer el cariño de aquel gran corazón y aquella gran inteligencia... Del mismo modo me bastó que Florencio fuera el amigo inseparable de Patricio para estimarle como le he estimado. Cierto que Florencio nunca brillará tanto por sus condiciones de carácter, pero no es porque le falten grandes dotes de inteligencia... Pero no tiene ambición, conmigo, con su casita, con este hogar modelo, ve colmadas sus aspiraciones. Y yo estoy muy contenta; yo tampoco soy ambiciosa. Las temporadas que viví en Madrid

con mi esposo, para mí fueron un tormento. Los ocho días que fué Ministro de Hacienda, yo los pasé en una continua excitación nerviosa... Dos veces que estuvo á punto de tener un duelo, por cuestiones políticas, creí volverme loca. Y si hubiera llegado á Presidente del Consejo, como le pronosticaba un periódico que él dirigía, entonces... me hubiera costado una enfermedad.

ZUR. No es usted como la de Espinosa, nuestra senadora, ni como nuestra actual alcaldesa, Ya verá usted cómo esas no descansan ni dejan descansar á nadie hasta que no vean á sus maridos en estatua.

CAR. Pero, ¿usted cree que ni Espinosa, ni el actual alcalde, tienen méritos para que les levanten estatuas?

ZUR. Sí; en una plaza pública es difícil, pero en los altares en clase de mártires y esposos, es muy posible... Pero olvidamos lo que importa.

CAR. Pues bien, amigo Zurita, como ausentarme hubiera sido muy violento, según usted mismo reconoce, y al permanecer aquí, debo asistir á la inauguración del monumento de mi pobre Patricio, á la velada en su honor, debo recibir á las comisiones de Madrid, de la provincia, de todas partes. ¿Qué actitud debe ser la mía? Si parezco demasiado triste, nadie creerá en la sinceridad de mi sentimiento. Tampoco puedo mostrarme complacida; dirían que había olvidado demasiado pronto... Ya lo dicen...

ZUR. ¡Oh, no! Quedó usted viuda muy joven... La vida no podía haber terminado para usted.

CAR. Sí, sí; dígales usted eso á mis cuñadas... En fin, considere usted, que ni sé cómo debo vestirme en estos días... Un traje severo que parezca al luto... sería ridículo presentándome al lado de mi marido; un traje de más vestir, tampoco me parece indicado... Aconséjeme, amigo Zurita, aconséjeme usted... Usted, ¿qué se pondría?

ZUR. Es difícil, es difícil acertar en el punto...

Pero yo creo que un elegante vestido negro con alguna nota violeta. La inauguración de un monumento que perpetúa la gloria de un grande hombre, no es motivo para entristecerse. Su marido de usted, ha entrado de lleno en la inmortalidad... y allí la espere á usted por muchos años.

CAR Mil gracias.

ZUR. De nada. Usted le ha llorado bastante... Usted ha repetido su memoria; si ha vuelto usted á casarse, ha sido con un caballero dignísimo, que era el mejor amigo de su esposo de usted. Usted no ha hecho lo que otras viudas que todos conocemos, la de Benítez, sin ir más lejos, que sin pensar en casarse ni ese es el camino, lleva dos años en relaciones con el mayor enemigo que tenía su marido en la provincia.

CAR. No compare usted.

ZUR. En fin, amiga mía... todo el mundo apreciará la situación de usted como es debido.

CAR Mis cuñadas me tienen asustada. Aseguran que mi situación es ridícula y la de mi marido mucho más ridícula... Dicen que cómo tenemos valor al presentarnos ante la estatua de su hermano...

ZUR. ¡Señora! Ni que fuera la del Comendador... sus cuñadas de usted exageran. Y á usted, sólo puede importarle la opinión de su esposo.

CAR. Por ese lado estoy tranquila... En este mundo el uno, y el otro desde el otro, sé que los dos han de apreciar la sinceridad de mis sentimientos. Pero los demás, los demás...

ZUR. Los demás somos los buenos amigos de usted y de su segundo esposo, que lo fuimos también del primero y estaremos siempre con ustedes, ó los enemigos, los indiferentes, que nada debe importarle á usted.

CAR. Gracias, muchas gracias. Ya sé que es usted un buen amigo nuestro, que lo fué usted suyo.

ZUR. De los dos, de los tres, sí señora, de los tres... Aquí tiene usted á su marido.

ESCENA II

DICHOS y DON FLORENCIO

ZUR. Amigo don Florencio.

FLOR. Queridísimo Zurita... Cuánto me alegro de verle... Deseaba dar á usted las gracias por el precioso artículo que ha publicado usted á la memoria de nuestro inolvidable... Muy sentido, muy sentido... Era usted un buen amigo suyo... Muchas gracias, querido Zurita, muchas gracias. Carolina y yo le agradecemos mucho su precioso artículo. Nos hizo llorar. ¿No es verdad, Carolina?

CAR. Sí, en efecto.

FLOR. Estoy satisfecho, amigo Zurita. Por primera vez en la provincia, se han unido los elementos más incompatibles, para honrar como se debía al hijo preclaro de esta región desagradecida. ¿Ha visto usted el monumento? Muy artístico. La estatua es de gran parecido. Es él, es él... y los motivos alegóricos, muy artísticos; tanto el desnudo de la verdad como el del Comercio y de la Industria, son de una ejecución perfecta. No pueden estar más parecidos... Ya sabe usted las batallas que hemos reñido para imponer los desnudos. Los elementos reaccionarios no querían desnudos, el escultor se negaba á entregar la obra si se suprimían los desnudos. Al fin conseguimos que triunfaran los sagrados fueros del arte.

CAR. Pues mira, yo hubiera preferido que no hubiera desnudos. ¿Qué necesidad había de que nadie se molestara? Ya sé de algunos amigos que no asistirán á la inauguración por ese motivo.

FLOR. Ridiculeces, preocupaciones que nos tienen en un lamentable atraso... Pero tú no puedes pensar así: la que fué compañera de de aquel espíritu tan liberal, tan amplio...

Recuerdo el viaje que hicimos juntos por Italia. ¿No te acuerdas tú, Carolina? La admiración ante aquellos gloriosos monumentos del arte pagano y del Renacimiento... Aquel hombre era un gran artista sobre todo... ¡Ah! ¡Qué hombre! ¡Qué grande hombre! Antes que se me olvide, Carolina, para el extraordinario de su periodico, me ha pedido Gutiérrez, todos los retratos que tú conserves y yo quiero también que publiquen aquellos versos que te escribió al principio de vuestras relaciones.. ¡Verá usted qué versos! Hubiera sido un gran poeta... ¡Hubiera sido todo lo que hubiera querido!. ¿Y sus cartas? ¿Usted no conoce alguna de sus cartas íntimas? Anda, Carolina, trae alguna de las cartas que te escribió cuando érais novios...

CAR. Otro día.. En estos momentos...

FLOR. Es verdad... Para nosotros, en medio de la legítima sati-facción son días muy tristes... unidos por los mismos recuerdos... Yo estoy seguro que no podré contener mi emoción en el momento de descubrir la estatua.

CAR. ¡Por Dios, Florencio! no vayamos á dar un espectáculo! Sobreponte.

ZUR. Sí, es preciso que se sobreponga usted.

FLOR. Si estoy sobrepuesto.

ZUR. Si ustedes no mandan otra cosa...

CAR. Muchas gracias, Zurita... No sabe usted cuánto le agradezco... Desde que sé cómo he de vestirme, ya no me parece tan difícil mi situación.

ZUR. Lo creo. Las situaciones más difíciles para una señora, son aquellas en que no sabe qué ponerse.

CAR. Hasta mañana.

ZUR. Don Florencio..

FLOR. Agradecidísimo por su sentido, sentido artículo. ¡Admirable! ¡Admirable! (Sale Zurita.)

ESCENA III

CAROLINA y DON FLORENCIO

FLOR. Estás emocionada, ¿verdad? Hondamente emocionada. Como yo, no te esfuerces por ocultarlo.

CAR. Estoy... qué sé yo, violenta; esa es la palabra.

FLOR. No te olvides de buscar esos retratos, sobre todo aquel en que estamos los tres juntos en la segunda plataforma de la torre Eiffel: es un precioso recuerdo.

CAR. Sí, ya lo buscaré. Pero oye. Esas indiscreciones referentes á la vida privada, me parecen... qué sé yo en mi situación, en nuestra situación...

FLOR. ¡Ah, la mujer! ¡Qué espíritu tan poco amplio! Pero tú no debías de ser como todas... La que fué compañera de aquel espíritu tan superior... Nada de cuanto se refiere á la vida de un grande hombre, puede ser indiferente para la Historia, y los que fuimos testigos, y hasta cierto punto colaboradores, permítaseme la inmodestia, colaboradores en la obra de su vida, debemos toda la verdad á la Historia.

CAR. Pues no te empeñes en que yo ande enseñando las cartas, y los versos menos. Recuerda lo que dicen.

FLOR. ¡Bah! Ya recuerdo.
«Tengo clavado un beso que me diste...»
Ya se sabe lo que son versos... Nadie toma al pie de la letra lo que se dice en los versos... Además, iba á ser tu marido... ¿qué tenía de particular que...?

CAR. ¡Florencio! ¿Qué vas á suponer? No insistas. Estoy temiendo que nos pongamos en ridículo.

FLOR. ¿Por qué hemos de ponernos en ridículo? Nadie más obligado que yo á prestar su concurso en estas circunstancias... Por lo mis-

mo que soy tu marido, el marido de su viuda... De otro modo, se diría, que yo pretendía eclipsarle, que me molestaba su recuerdo, y tú sabes que no, tú sabes cómo yo le admiraba, cómo le quería; y él á mí: verdad es que nadie sabía llevarle su genio como yo... porque tenía su genio, bien lo sabes... sus rarezas, rarezas de grande hombre, pero grandes rarezas... Estaba muy poseído de su valer, como todos los grandes hombres, era muy terco, como todos los grandes caractéres... Cuando se empeñaba en una cosa, no había quién le apeara de su idea, por respeto no me atrevo á decir de su burro... Solo yo, á fuerza de habilidad de paciencia... bien lo sabes. ¡Cuántas veces no me habrás dicho!... ¡Ay, amigo Florencio! ¡No puedo más! Y yo te hacía reflexiones, y á él también, y cuando teníais algún disgusto, yo siempre al quite.

CAR. Florencio. No continúes en ese tono. Me disgusta oirte...

FLOR. Está bien, mujer. Es que estos días, yo comprendo tu situación de espíritu; todo el mundo es á recordar sus méritos, sus virtudes. Y yo quiero que tú recuerdes que aquel grande hombre tuvo también sus pequeñeces.

CAR. ¿Qué vas á decirme?

FLOR. Que si me comparas con él...

CAR. ¡Florencio! Sabes que nunca he comparado. Las comparaciones son odiosas.

FLOR. No, Carolina; si ya sé... ¿Verdad que no te pesa haber cambiado su nombre ilustre por el mío modestísimo? Aunque á tí te consta que si yo me hubiera propuesto brillar... si yo hubiera tenido aspiraciones... Porque yo creo tener algún talento. ¿No lo crees tú?

CAR. Sí, hombre, sí; pero no digas esas tonterías.

FLOR. Estás nerviosa... No se puede hablar contigo. ¡Uy, tus cuñadas! Esto sí que no. Dí que no estoy en casa.

CAR. No te preocupes. Nunca me preguntan por tí.

FLOR. ¡Cuánto me alegro! Te deseo una horita corta y huyo.

CAR. Pues también estoy de humor para oirlas. (Sale don Florencio.)

ESCENA IV

CAROLINA, EUDOXIA y PAQUITA

EUD. ¿No estorbamos?

CAR. ¡Qué pregunta! Adelante.

EUD. ¿Conque hoy estás en casa?

CAR. Ya lo veis

PAQ. Como siempre que venimos á verte da la casualidad de que has salido...

CAR. Sí que es casualidad.

EUD. La casualidad es encontrarte. (Pausa.) A tu marido acabamos de ver en la calle.

CAR. ¿Estais seguras?

PAQ. Muy bien acompañado por cierto.

CAR. ¿Sí?

EUD. Paquita es quien le ha visto con la de Somolinos en la confitería de Sánchez.

CAR. Es posible.

PAQ. ¿Y te quedas tan fresca? Con la fama que tiene la de Somolinos y la confitería de Sánchez.

CAR. De la confitería no sabía nada.

EUD. Que ninguna señora decente, ó que quiera parecerlo, pone los pies en ella desde que Sánchez se casó con esa francesa.

CAR. Tampoco sabía lo de la francesa.

EUD. Pues sí, se casó con ella. Decimos casado por no decir una palabrota... Se casó, si eso puede llamarse casado, en Bayona, por lo civil, como se casa la gente en esa Francia de perdición...

CAR. Cuánto lo siento, porque soy muy golosa, y bombones y *marrons glacés*, como los de casa de Sánchez, no los hay aquí en ninguna parte.

PAQ Pues te aconsejamos que no se los compres,

te criticaría todo el mundo... Solo la de Somolinos se atreve á entrar en casa de Sánchez y á tratarse con su mujer, que le ha dado la receta para pintarse el pelo. ¿No te has fijado cómo lo lleva ahora?

CAR. No he reparado.

EUD. Ya no es color caoba como antes, ahora es un rubio bebé... Además, la francesa la arregla las manos dos veces por semana... ¿No te has fijado cómo lleva las uñas? No se habla de otra cosa. (Pausa.)

PAQ ¿Conque por fin ese se ha salido con la suya?

CAR. ¿Quién es ese?

PAQ. Se me resiste llamarle tu marido. ¡Pobre hermano nuestro!

CAR. ¡Ah! No sé á qué podais referiros.

EUD. A que por fin ha colocado en el monumento de nuestro pobre hermano esas figuras desnudas.

PAQ. Y de tamaño natural.

CAR. Pero Florencio no tiene la culpa... Eso es cosa del escultor, de la comisión... ¿Y qué tiene de particular? En todos los monumentos hay figuras así, son figuras alegóricas.

EUD. Pase todavía que la estatua de la verdad no esté vestda; siempre se ha dicho que la verdad es así. Pero la Industria y el Comercio... ¿no podían llevar una túnica? Sobre todo el Comercio creo que está indecente.

PAQ. Nosotras ya no iremos á la tribuna de preferencia, es la que está de frente, y desde allí se ve todo.

EUD. Y tú ¿insistes todavía en presentarte? ¿No ha habido nadie que te haya aconsejado mejor?

CAR. Si he sido invitada, señal de que no parece inconveniente mi presencia.

PAQ. La tuya, no... Si estuvieras como debías estar; pero al lado de ese hombre.. el que fué su mejor amigo... A los tres años escasos.

CAR. Largos.

EUD. ¡Te parecen largos! ¡Tres años! ¡Un día para los que le seguimos llorando!

PAQ. Para los que todavía llevamos su apellido, porque ninguno nos parece más digno.

EUD. Y por no dejar de llevarlo, hemos renunciado á partidos muy ventajosos.

CAR. Pues habeis hecho mal, porque vuestro hermano ya sabeis que tenía gran empeño en veros casadas.

PAQ. El creía que todos los hombres eran como él, dignos de una mujer como nosotras. ¡Pobre hermano! Si alguien le hubiera dicho que iban á olvidarle tan pronto... ¡si te ve desde el cielo, qué disgusto el suyo!

CAR. No creo que en el cielo nadie pueda tener disgustos; no valía la pena de estar en el cielo... Vosotras no quereis haceros cargo de mi situación... Una viuda joven lo menos malo que puede hacer para evitar murmuraciones es volver á casarse. Y yo era muy joven cuando quedé viuda.

EUD. Veintinueve años.

CAR. Veintiseis.

EUD. Admitamos los veintiseis. Ya no eras una niña. Además, una mujer viuda nunca es joven.

CAR. Ni una soltera es nunca vieja. Corriente. Lo que no veo es lo que puede haber de incorrecto en que yo presencie la inauguración de la estatua.

EUD. Comprende que en todos los discursos han de hablar de su muerte prematura, del sentimiento de todos por la pérdida de hombre tan ilustre. ¿Qué cara vas á poner al oirlo? ¿Quién va creer que no estás más conforme que todos, viéndote tan compuesta y tan consolada al lado de ese hombre?

PAQ. Y cuando todos recuerden su talento... ¿Qué cara va á poner tu marido que no tiene ninguno?

CAR. Bien sabes que no era esa la opinión de vuestro hermano, que estimaba mucho á Florencio.

EUD. ¡Le estimaba! ¡Pobre hermano mío! ¡Por tener todos los talentos, tenía también el de dejarse engañar!

CAR. Esa suposición me ofende... nos ofende á todos.

EUD. ¿Dónde has guardado eso, Paquita?

PAQ. Aquí lo traigo. (Saca un libro.)

EUD. Entérate, entérate de ese libro que ha llegado hoy de Madrid y se vende en casa de Valdivieso.

CAR. ¿Qué es esto? (Leyendo la cubierta de el libro.) «Don Patricio Molinete y su obra. Biografía. Correspondencia. Intimidades.» Os agradezco...

PAQ. No, no agradezcas nada... Ya verás, ya verás lo que escribía nuestro pobre hermano en sus cartas dirigidas al autor de ese libro íntimo amigo suyo.

CAR. Recaredo Casalonga. ¡Ah! sí, un trapisondista que tuvimos que echarle de casa.. Y dices que trae unas cartas... Ya estoy alarmada, siendo cosa de ese desahogado de Casalonga.

EUD. Lee, lee... Página doscientas catorce. ¿No es eso, Paquita?

PAQ Empieza en la doscientas catorce, pero lo gordo está en la doscientas quince.

CAR. A ver, á ver... ¿Qué es esto? ¿Qué cartas son estas? ¿Qué dice aquí?... Que yo.. Pero esto no es verdad... esto no ha podido decirlo mi marido.

EUD. Cuando se atreven á publicarlo en letras de molde...

CAR. Pero esto no puede ser. Este libro es una calumnia... Esto es no respetar la vida privada. ¡Lo más privado de la vida! Esto no puede quedar así.

EUD. Pues quedará, quedará; ya verás cómo queda.

PAQ. A estas horas se habrán agotado los ejemplares.

CAR. Ah, ya lo veremos... se verá.. ¡Florencio! ¡Florencio! Ven en seguida. ¡Florencio!

EUD. Si aun no habrá vuelto.

PAQ. Estaba tan entretenido...

CAR. Si no ha salido de casa... ¡Sois unas chismosas!

EUD. ¡Carolina! Esa palabra la habrás dicho sin reflexionarla.

PAQ. No creo haber oído bien. ¿Has dicho chismosas?

CAR. Sí, sí; dejadme en paz. No puedo sufriros. Vosotras teneis la culpa de todo.

EUD. }
PAQ. } ¡Carolina!

CAR. ¡Florencio! ¡Florencio!

ESCENA V

DICHAS y FLORENCIO

FLOR. ¿Qué te ocurre, mujer? ¿qué te ocurre? ¡Ah, están ustedes aquí! Tanto gusto...

EUD. Nosotras, sí; nosotras, que ahora mismo salimos para siempre de esta casa... donde se nos insulta.

PAQ. Donde se nos llama chismosas.

EUD. Donde se nos dice que no pueden sufrirnos.

PAQ. Y cuando se eso dice... ¡qué será lo que se piensa!

FLOR. Pero Eudoxia, Paquita, no comprendo... Por mi parte...

EUD. La que es hoy su señora se lo explicará á usted.

PAQ. ¡Salir así de esta casa que fué de nuestro hermano!

EUD. ¡Pobre hermano nuestro!

FLOR. Pero Carolina...

CAR. Déjalas, déjalas, son insoportables.

PAQ. ¿Has oído, Eudoxia? ¡Somos insoportables!

EUD. Ya lo he oído, Paquita. Creo que no nos queda más que oir en esta casa.

CAR. Sí; insoportables como todas las viejas solteronas.

EUD. Aun nos quedaba más que oir... Vamos, Paquita.

PAQ. Vamos, Eudoxia. (Salen.)

ESCENA VI

CAROLINA y FLORENCIO

FLOR. ¿Pero qué disgusto has tenido con tus cuñadas?

CAR. Con ellas, no; por ellas; es lo mismo. Se complacen en llevar y traer noticias desagradables... todo lo que puede molestar. ¿Tú te acuerdas de Casalonga?

FLOR. ¿Recaredo Casalonga? ¡No he de acordarme! un tipo delicioso, gran filosófo de la vida, un humorista muy divertido...

CAR. Sí, todo eso: pues ese filósofo, ese humorista ha tenido la humorada de publicar este libro.

FLOR. A ver. «Don Patricio Molinete. Su vida y su obra. Biografía. Correspondencia. Intimidades.» ¡Hombre! ¡qué idea! Sí que fueron muy amigos, pero no creo que el libro pueda ser muy interesante. Este pobre Casalonga, ¿qué novedad puede decirnos?

CAR. A nosotros ninguna. Pero lee, lee.

FLOR. ¡Hombre! ¡Cartas de Patricio! ¿Dirigidas á quién?

CAR. Al autor de ese libro, según él asegura. Cartas muy íntimas, muy confidenciales. Lee, lee.

FLOR. «Querido amigo: La vida es triste. ¿Quieres saber por qué estoy tan desilusionado? ¿Por qué no tengo fe ninguna en los destinos de nuestra desgraciada patria?... Quieres saber... Esta carta está escrita cuando ya estaba enfermo. El pobre con su padecimiento del hígado lo veía todo negro... ¡Ah, los grandes hombres no debían estar sujetos á estas miserias! ¡La inteligencia esclava del hígado... No somos nada. Los destinos de nuestra desgraciada patria...»

CAR. Bueno, eso no importa nada... Más abajo. Lee, lee.

FLOR. «La vida es triste.»

CAR. No vuelvas á empezar.

FLOR. No, si es que lo vuelve á decir. Mira. «Yo no he amado más que una vez, y á una sola mujer, la mía...» Tú.

CAR. Sigue, sigue.

FLOR. «Yo no he creído más que en un amigo, mi único amigo, Florencio» Yo.

CAR. Tú, sí, tú. Sigue, sigue.

FLOR. ¿A qué viene esto? ¡Ah! ¿Qué dice aquí? Que tú, que yo...

CAR. Lee, lee.

FLOR. «Pues bien; esa mujer, ese amigo, los dos grandes, los dos únicos, los dos sagrados afectos de mi vida, de mi existencia... No me atrevo á decirlo. ¡Si no me atrevo á pensarlo! Se aman, se aman en silencio, acaso sin sospecharlo ellos mismos.»

CAR. ¿Qué te parece?

FLOR. Ellos mismos... «Comprendo que luchan por vencer su pasión culpable... Pero lucharán siempre. En medio de todo los compadezco... Pero ¿qué debo hacer? ¡Soy muy desgraciado!»

CAR. ¿Qué dices?

FLOR. ¡Pero esto no puede ser! El no puede haber escrito esto. Y si lo escribió no puede publicarse.

CAR. Pues se ha publicado verdad ó mentira, y ahí lo tienes. ¡Ah! y eso no es nada; en las cartas siguientes, sigue comunicando sus observaciones, y la verdad hay algunas... que sólo él podía haber hecho....,

FLOR. De modo que tú crees, tú opinas que estas cartas son auténticas...

CAR. Pueden serlo. Hay datos, detalles...

FLOR. ¡Y nosotros creíamos que él nada sospechaba!

CAR. Poco á poco, Florencio... El nada podía sospechar... Tú sabes mejor que nadie cómo supimos respetarle, á pesar de todo..

FLOR. ¡Pues ya ves de lo que nos ha servido!

CAR. El sólo pudo creer la verdad... Que nos amábamos en silencio...

FLOR. ¡De bastante nos ha servido el silencio!

¡Para que él fuera á contárselo á ese, al botarate de Casalonga! Un trapisondista que ahora ha querido sacar partido de estas intimidades. No me negarás que ha sido una ligereza imperdonable; yo nunca hubiera sospechado esto de mi amigo. Si dudaba de mí, de nosotros, ¿por qué no nos dijo algo? Hubiéramos sido más prudentes, le hubiéramos tranquilizado... Pero esto de contarle al primero que se presenta... Comprende ahora mi situación, nuestra situación en estos momentos... Cuando todo el mundo consagra un recuerdo á su memoria, cuando yo me he afanado tanto por la realización de ese monumento, ¿qué dirá todo el mundo después de leer esto?

CAR. Siempre te dije que el monumento nos daría más de un disgusto.

FLOR. ¿Con qué cara me presento yo mañana en la inauguración?

CAR. ¡Van á salirse con la suya mis cuñadas! ¡Estamos en evidencia!

FLOR. ¡Ah! pero esto no puede quedar así... Ahora mismo me dirijo á la Prensa, al Juzgado, al Gobernador, á las librerías. Y en cuanto á Casalonga. ¡Ah! Yo daré con él y ó rectifica y declara que esas cartas son apócrifas de cabo á rabo... ó le mato. Me batiré con él... pero muy seriamente.

CAR. ¡Florencio! ¡No digas disparates! ¡Un duelo! ¡Exponer tu vida!

FLOR. ¿Pero no comprendes que esto no puede consentirse? ¿Dónde iríamos á parar? ¿Es que no va á respetarse la vida privada de nadie? Mas que la vida privada, el sagrado de las intenciones...

CAR. ¡Florencio! ¡Por Dios!

FLOR. ¡No me detengas!

CAR. ¡Florencio! Haz lo que quieras, pero un duelo, no.

FLOR. ¡Ah! O rectifica y recoge la edición de este libelo ó de lo contrario...

CAR. ¡Zurita!

FLOR. Querido amigo... Llega usted á tiempo.

ESCENA VII

DICHOS y ZURITA

ZUR. Don Florencio... Carolina... ¡No me digan ustedes nada!

FLOR. ¿Ha visto usted?... ¿Ha visto usted?... ¿En qué país vivimos?

CAR. ¿También usted ha leído?

ZUR. Me enteré en el Casino; allí tenían el libro, lo comentaban...

FLOR. ¿En el Casino?

ZUR. Tranquilícese usted... Todo el mundo dice que se trata de un *chantage*, que esas cartas no pueden ser de don Patricio.

FLOR. ¡Ah! ¿Dicen eso?

ZUR. Y si lo fuera... son asuntos de la vida privada que nadie tiene el derecho de lanzar á la publicidad.

FLOR. Lo que yo digo, la vida privada, lo más respetable..

ZUR. Me faltó tiempo para dirigirme á la librería de Valdivieso, que es donde se vende el libro... Le encontré consternado, él no sabía nada; adquirió los ejemplares, creyendo que se trataba de un asunto serio, de actualidad en estos momentos... Le faltó tiempo para retirar del escaparate los ejemplares y para dirigirse en busca del autor.

FLOR. ¿Del autor? Pero ¿está aquí el autor?

ZUR. Sí; él mismo le ha vendido en firme los ejemplares; llegó con ellos esta mañana.

FLOR. ¡Ah! ¿Con que está aquí ese pillete de Casalonga? ¿Y usted sabe dónde se encuentra?...

ZUR. En el Hotel de Europa.

CAR. ¡Florencio! No vayas tú. ¡Deténgale usted! Quiere desafiarle.

ZUR. ¿Qué dice usted? No vale la pena. Usted está por encima de todo eso, y su señora de usted mucho más por encima.

FLOR. Y la gente, amigo Zurita. ¿Qué dirá la gente?

ZUR. La gente lo ha tomado á risa.

FLOR. ¿A risa? Estamos en el ridículo más espantoso.

ZUR. No quiero decir eso... quiero decir...

FLOR. No, amigo Zurita. Usted es un hombre de honor, usted sabe que yo necesito matar á ese hombre.

CAR. Pero, ¿y si es él el que te mata á tí? No, Florencio, un duelo no. ¿Para qué están los tribunales?

FLOR. No, me batiré... querido Zurita... Busque usted á otro amigo... Vayan ustedes en representación mía al Hotel de Europa. Vean ustedes á ese hombre, exíjanle ustedes una reparación inmediata... una reparación completa, rotunda. O declara, bajo su firma, que esas cartas son una falsedad indigna ó de lo contrario...

CAR. ¡Florencio!

FLOR. No reparen ustedes en las condiciones... las más serias... á pistola, con balas de verdad, avanzando...

ZUR. Pero don Florencio...

CAR. No vaya usted: se lo ruego.

FLOR. Es usted mi amigo... Vaya usted en el acto.

CAR. No, no irá usted.

ZUR. Pero don Florencio... Una persona seria como usted.

ZUR. Cuando á una persona seria se la pone en ridículo, deja de ser seria. Considere usted mi situación mañana ante ese monumento. ¿Yo? Su mejor amigo... Ella, mi esposa, su viuda... Y la gente comentando esas cartas... ¡Suponer que yo... que ella!... Corra usted, corra usted... No vuelva usted sin esa reparación.

ZUR. ¡Calle usted! Oigo la voz de Valdivieso.

FLOR. Eh... Y la de Casalonga... Pero tiene valor de presentarse en mi casa...

ZUR. Deje usted... cuando él viene, acaso se anticipe á rectificar... Voy á ver... (Sale.)

CAR. ¡Florencio! No veas á ese hombre, no le recibas...

FLOR. Descuida, estoy en mi casa... No me olvido de lo que me debo á mí mismo... Vere-

mos qué explicación da, veremos... Lo que sí te agradeceré es que nos dejes solos... Estos asuntos de honor no son para señoras.

CAR. Está bien: pero me quedo cerca... No estoy tranquila. No tienes ningún arma, ¿verdad?

FLOR. Mujer, ¿cuándo he llevado yo armas de ninguna clase?

CAR Ten prudencia, ten calma, piensa en mí...

FLOR. Estoy en mi casa, no tengas cuidado...

CAR. Mira que como te oiga hoy muy acalorado no podría contenerme.

FLOR. ¿Qué haces, mujer?

CAR. Me llevo estos cacharros, no te vaya á dar un pronto y se los tires á la cabeza... Lo sentiría porque son recuerdo.

FLOR. Anda, mujer.

CAR. Mira que estoy muy nerviosa... Ten calma, por Dios, ten prudencia... (Sale.)

ESCENA VIII

DON FLORENCIO y ZURITA

ZUR. ¿Está usted más tranquilo?

FLOR. Descuide usted... ¿Está ahí ese hombre?

ZUR. Sí; le ha traído Valdivieso, que desea sincerarse con usted.

FLOR. Bien... pero el otro, ese Casalonga... ¿qué pretende?

ZUR. Hablar con usted también. Darle toda clase de explicaciones.

FLOR. No hay más que una explicación posible.

ZUR. Mire usted. Mi opinión es que le reciba usted. Por lo que he podido oirle, me parece un inconsciente.

FLOR. Diga usted un fresco.

ZUR. Eso es... No me atrevía á decirlo... El no da ninguna importancia al asunto.

FLOR. ¡Claro! Para él ninguna.

ZUR. En fin... Yo creo que está dispuesto á todo, á rectificar, á desmentir, á retirar el libro de la circulación. Lo mejor es que hable usted

con él... ¿Me responde usted de su serenidad? ¿Puedo decirles que pasen?...

FLOR. Sí... sí, que pasen...

ZUR. El pobre Valdivieso está muy disgustado... Le estima á usted tanto... Es usted una de las tres ó cuatro personas que aquí compran libros.. Se alegrará tanto si usted le tranquiliza diciéndole que nunca le creyó usted capaz...

FLOR. No. ¡Pobre Valdivieso! Que pase, que pasen... (Entra Zurita y á poco sale con Valdivieso y Casalonga.)

ESCENA IX

DICHOS, CASALONGA y VALDIVIESO

VAL. ¡Señor don Florencio! No sé como decirle á usted... Supongo que usted no dudará de mi buena fe en este asunto... Yo ignoraba... yo no podía sospechar...

FLOR. Con usted no va nada. Pero este caballero...

CAS. ¡Calla, hombre, no me digas nada! Lo que menos podía yo sospechar es que iba á encontrarte aquí... y casado con la viuda. ¡Es gracioso!

FLOR. Pero, ¿oye usted esto?

ZUR. Ya le dije á usted que es un inconsciente.

FLOR. ¡Y yo le dije á usted que es un fresco, pero no creía que lo fuese tanto! ¡Señor mío!...

CAS. ¡Déjate de tonterías, no me vengas con esa cara!...

FLOR. En primer lugar no recuerdo que nos hayamos tuteado nunca...

CAS. Sí, hombre, sí. Y si no nos tuteamos es lo mismo. Durante una temporada, fuimos inseparables. ¡Y en tiempos muy difíciles para los dos! Pero, ¿qué importaba? Cuando el uno no tenía dinero se lo pedía al otro y tan contentos.

FLOR Sí: me acuerdo que el otro era siempre yo.

CAS. ¡Ja, ja, ja! Es posible, es posible... Conque,

¿estás tan incomodado conmigo? ¡Qué tontería! No vale la pena.

FLOR. Pero, ¿oyen ustedes?

VAL. Crea usted que si yo hubiera sospechado... Le compré en firme los ejemplares, aprovechando la actualidad del monumento. Pero, ¡si yo hubiera sabido!...

CAS. Pues eso, aprovechando la actualidad. Yo ando muy mal, chico. Esta situación conservadora tan prolongada, me tiene en las últimas... Ya no sabe uno qué discurrir para sacar dinero.

FLOR. ¡Me gusta el descaro! ¿Y qué hace usted con un hombre así?

ZUR. Eso digo yo. ¿Qué hace usted?

CAS. Figúrate, que hasta me puse á escribir cosas para el teatro... Como las de todo el mundo... un poco mejores, por eso no gustaban... Figúrate, que me casé con la última patrona que tuve. ¡De alguna manera tenía que pagarla! ¡Pero, chico! ¡Me armaba unos escándalos que un día después de tirarnos todos los trastos á la cabeza, acordamos separarnos amistosamente. ¡Despues no quieras saberlo!

FLOR. No, si no quiero saber nada... si...

CAS. Una novela, una verdadera novela... Figúrate que hasta he andado por esos pueblos explicando las vistas de un cine... Ya conoces mi facilidad de palabra... En las cintas dramáticas tenía un éxito... Pero enfermé de la garganta... Ya no me quedaba que tocar ninguna tecla... Yo tengo muy buenas relaciones... Pero los amigos... ¡Ah, los amigos! En cuanto les pides algo ya no hay amigos... En esto me enteré de que aquí inaugurabas un monumento á la memoria de nuestro amigo Patricio. ¡Pobre Patricio! ¡Aquél sí era un amigo! ¡Allí había hombre siempre! Se me ocurrió escribir cuatro tonterías de recuerdos personales, publicar unas cuantas cartas que conservaba de él...

FLOR. ¡Feliz ocurrencia!

CAS. ¡El garbanzo, el miserable garbanzo! Pensé

que en ninguna parte podía venderse mejor que aquí, en su patria. Llegué esta mañana en tercera, chico, en tercera... Me fuí á casa de este hombre, le coloqué dos mil ejemplares, que me pagó con un descuento horroroso... ¡Estos libreros...!

VAL. ¡Oiga usted! Lo razonable cuando se compra en firme.

CAS. Si no digo nada. La humanidad se divide en primos y pillos...

VAL. Pero, ¿oyen ustedes esto?

CAS. Usted es de los pillos...

VAL. ¡Oiga usted! Pues no hay duda que he hecho un bonito negocio. ¿Usted cree que yo voy á vender un ejemplar más de ese libelo, sabiendo que en él se ofende á mi particular y respetable amigo don Florencio y á su distinguida esposa?

FLOR. ¡Gracias, amigo Valdivieso, muchas gracias!

VAL. Quemaré la edición, aunque ya ve usted la pérdida que me supone.

FLOR. De eso no hay que hablar. Eso es cuenta mía.

CAS. ¿Lo ve usted? Florencio paga. Quéjese usted ahora. Pero mal hecho, chico, yo que tú no le daba un cuarto...

VAL. ¡Oiga usted! Como usted ha cobrado á toca teja...

CAS. No llame usted cobrar á eso... con ese descuento... El papel vale más.

FLOR. Lo que vale más es su desahogo de usted, señor mío ..

CAS. ¡Ja, ja, ja! Si no me ofendo, si tienes razón. Pero, ¿qué quieres? Cuando ha tocado uno todas las teclas .. ¿Vas á matarme?

FLOR. Por mi parte pondré los medios... ¿Usté cree que esto puede quedar así...? Y si se niega usted á batirse, le llevaré á los Tribunales.

CAS. Deja ese tono trágico. ¿Un duelo? ¿Entre nosotros? ¿Y por qué? ¿Porque la mujer de un amigo... que hoy es tu mujer, se la pegaba contigo? ¡Si hubiera sido con otro!

FLOR. ¡Que no le consiento á usted esas suposiciones.

CAS. Será el primer hombre que se ofende porque le dicen que ha tenido relaciones con su mujer... ¿No comprendes que eso es ridículo? ¿Cómo vas á batirte por eso?

ZUR. En el fondo hay algo de verdad.

FLOR. Patricio nunca pudo escribir esas cartas y menos á usted.

CAS. Dí lo que quieras, las cartas son auténticas... ahora que Patricio hiciera una tontería en escribirlas... ya es más discutible... Yo las publiqué por dar un poco de amenidad al libro; al público le gusta siempre la nota intencionada.. Por lo demás, ¿qué interés tenía yo en molestarte, criatura?

FLOR. ¡Y dale con la confianza!

ZUR. ¿Y qué hace usted con un hombre así?

FLOR. Eso digo yo. ¿Qué hace usted?

CAS. Ya sabes que yo siempre te he querido mucho.. porque tienes mucho talento.

FLOR. ¡Gracias!

CAS. Mucho más talento que el pobre Patricio... que era una excelente persona, pero entre nosotros que estamos en el secreto, un completo besugo.

FLOR. ¡Hombre, no tanto!

CAS. De esas reputaciones que se hacen en este país. ¡Si él hubiera tenido tu talento, tu clarísimo talento!

FLOR. ¡Hay que dejarle hablar!

CAS. Dí que tú has sido siempre muy modesto y te has quedado en la sombra para que él luciera y brillara. Pero ¿quién no sabe que sus mejores discursos pudo pronunciarlos gracias á tí?

FLOR. ¡No me descubras!

ZUR. Sí, señores, sépanlo ustedes... Este hombre era el verdadero talento, él es quien merecía la estatua... este amigo admirable, único...

FLOR. ¡Es que no hay modo de reñir con este hombre!

CAS. Por lo demás, yo ahora mismo envío un comunicado diciendo que esas cartas son apócrifas... lo que tú quieras... como tú quieras... ¡No faltaba más! Eso no tiene ninguna im-

portancia... Yo estoy por encima de esas miserias... Y á este sujeto no le dés más que lo justo... á dos reales por ejemplar, lo que él me ha dado á mí.

VAL. No le permito á usted que se entrometa en mis asuntos... Es usted un trapisondista.

CAS. ¿Ha dicho usted trapisondista? Le advierto á usted, que con usted, sí me bato. Usted no es mi amigo. Usted es un explotador de la inteligencia ajena.

VAL. ¡Conmigo se atreverá usted! ¡Con un padre de familia! Después de haberme estafado.

CAS. ¿Ha dicho usted estafado? Eso me lo dice usted aquí.

VAL. En todas partes.

FLOR. ¡Señores, señores! ¡Está usted en mi casa, en casa de mi señora!

ZUR. ¡Pero Valdivieso!

CAS. (A Florencio.) Te nombro mi padrino, y á usted también, mi querido amigo... ¿Cómo se llama usted?

VAL. ¿Pero van ustedes á hacerle caso? ¿Ustedes creen que yo voy á batirme con el primer desahogado que se presente?... ¡Un padre de familia!

CAS. ¡No admito explicaciones! ¡Mis amigos se entenderán con los de usted. Que todo quede arreglado esta misma tarde.

VAL. ¿Y le oyen ustedes con esa calma? ¿Y serán ustedes capaces de hacerle caso? Es muy cómodo, cuando es usted el que debía batirse, tomarme á mí por cabeza de turco...

FLOR. ¡Amigo Valdivieso! No le tolero á usted apreciaciones sobre mi conducta... Después de todo... ¡Si usted no hubiera tratado de lucrarse de mala manera con ese libro, sabiendo que en él se me ofendía gravemente...

VAL. Pero ¿habla usted en serio?

FLOR. Tan en serio.

CAS. Sí, señor, que hablamos en serio. ¡Usted ha dado lugar á todo! Nadie compra sin enterarse, Pudo usted indicarme la indiscreción que yo había cometido... Por mi parte, si quieres batirte con él, te cedo mi puesto

como primer ofendido... yo tendré mucho gusto en apadrinarte con este querido amigo... ¿Cómo se llama usted?

ZUR. Zurita.

CAS. Mi querido amigo Zurita.

VAL. Pero, ¿quieren ustedes volverme loco? ¡Por lo visto me han preparado ustedes una encerrona!

FLOR. ¡Amigo Valdivieso, que no le consiento á usted esas apreciaciones! En mi casa no se preparan encerronas.

ZUR. ¡Ah, y yo tampoco! Yo no le he traído á usted á ninguna encerrona.

CAS. Ha olvidado usted con quién habla.

VAL. ¡Vaya! Queden ustedes con Dios. Esto no puede sufrirse... Así se agradecen mis buenos oficios... Lo que haré es vender el libro... y si no se vende lo regalo... y que lo lea y lo comente todo el mundo .. ¡No faltaba otra cosa.

FLOR. Oiga usted, ¿qué está usted diciendo? ¡Pobre de usted si vende un sólo ejemplar!

ZUR. Eso es: pobre de usted. A mí no me deja usted en evidencia.

CAS. Ni á mi tampoco.

VAL. ¡No escucho una palabra! Hagan ustedes lo que quieran .. Yo haré lo que me parezca. ¡No faltaba más... no faltaba más!... (Sale,)

FLOR. Deténgale usted.

CAS. Descuida. Ahora mismo voy á su casa y recojo los ejemplares. Lo que pensabas pagarle por ellos, me lo das á mí, que me hace más falta y soy tu amigo... Ese hombre no se ríe de mí .. Ah, y esta noche comemos juntos; te espero en el hotel; no me faltes, mira que si no vienes, me presento yo aquí y me convido á comer contigo!

FLOR. ¡No! ¿Qué diría mi mujer? ¡Contenta la tienes!

CAS. ¡Bah! Tu mujer ya me conoce y se divertiría mucho... Seguirá tan guapa, tan distinguida, tan inteligente... Y ahora será dichosa... ¡El pobre Patricio tenía tantas rarezas!... Y aquella figura y le doblaba la edad...

Hasta ahora, chico... ¡No sabes lo que me he alegrado de verte! ¡Un amigo como tú! Venga un abrazo. Me conmuevo. Yo soy así... Hasta ahora... Si no vuelvo es que he pegado á ese hombre y estoy en la cárcel. Ponme á los pies de tu señora... Servidor de usted, amigo... ¡Ah! Zurita... ¡qué cabeza esta. Beso á usted la mano. (Sale.)

ESCENA X

FLORENCIO, ZURITA, después CAROLINA

FLOR. ¡Usted no habrá visto nada igual nunca! Yo tampoco. . Y yo que le conocía de antiguo... Pero ha mejorado mucho en este tiempo...

ZUR. ¡Es de una frescura épica!

FLOR. ¿Pero qué hace usted con un hombre que toma las cosas de esa manera? No es cosa de matarle. (Entra Carolina.) ¡Ah! ¡Carolina! ¿Has oído, te has enterado?...

CAR. Sí... es gracioso en medio de todo.

FLOR. Menos mal que Carolina está más conforme.

ZUR. Habrá oído los piropos... ¡Ese hombre es irresistible!

FLOR. Mira, en resumidas cuentas... Nadie ha dado importancia al asunto... Solo se habían vendido dos ó tres ejemplares.

CAR. Sí... pero uno de ellos á mis cuñadas, que es como si se hubieran vendido cuarenta mil, porque se lo irán contando á todo el mundo.

FLOR. Ya contaban antes lo mismo. No te apures.

CAR. De todos modos, yo no me presento mañana en la inauguración y tú tampoco debes asistir.

FLOR. ¡Pero mujer!

ZUR. ¡Ah, la inauguración! No he tenido tiempo de decírselo á ustedes.

CAR. ¿Que?

ZUR. Que se ha suspendido.

FLOR. ¿Cómo?

ZUR. Sí; á última hora la comisión se ha alarmado ante las protestas ocasionadas por los desnudos... Muchas señoras han visto las fotografías del monumento y se negaban á asistir. Han convencido al escultor y por fin consiente en retirar la estatua de la Verdad y en poner una túnica á la Industria y un calzón de baño al Comercio.

CAR. ¡Cuánto me alegro!

ZUR. Todo esto llevará algunos días. Cuando pasen, la gente se habrá olvidado de todo.

ESCENA XI

DICHOS y CASALONGA que entra muy sofocado con los ejemplares que deja caer de golpe, levantando una nube de polvo

CAR. ¡Ay!

CAS. No se asuste usted... A los pies de usted... aquí está toda la edición... Le he devuelto las mil pesetas que me había dado... ni un céntimo més... Ya te lo dije. ¡No faltaba otra cosa! Ahora, tú verás... Yo nada te pido... Soy tu amigo... No me queda otra tecla que tocar.. No te digo nada.

FLOR. Cuenta con dos mil pesetas... ¡Pero cuidado con publicar la segunda edición!

CAS. Descuida. Con ese dinero... tengo para ser persona decente... lo menos, lo menos dos meses... ¡Señora mía! ¿Usté no recuerda de mí? El mejor amigo de Florencio y el mejor amigo de Patricio, por lo tanto, el mejor amigo de usted.

CAR. Sí; ya recuerdo.

CAS. He cambiado mucho.

FLOR. No lo creas. No has cambiado nada.

CAS Usted en cambio... está lo mismo... ¡Mucho mejor! En toda la opulencia de su hermosura espléndida, realzada por la felicidad de un matrimonio venturoso... ¿No tienen ustedes hijos?

CAR. No...

CAS. Los tendrán ustedes.

FLOR. ¡Adulador!

CAS. Quisiera marcharme esta misma noche... ¿Qué hago ya aquí?

FLOR. No, ya lo has hecho todo. Dentro de un instante, te enviaré eso al hotel.

CAS. Si pudieras añadir un piquillo.. Para los gastos de viaje... Por no descabalarlas.

FLOR. Bueno, hombre, bueno.

CAS. No molesto más. ¡Señora mía! siempre suyo... Amigo Zurita... amigo Florencio... No quisiera morirme sin volver á verte.

FLOR. Pues yo sí, yo sí, puedes creerlo.

CAS. Ya sé que no lo sientes. Eres un falso cínico.

FLOR. Te llevo esa ventaja.

CAS. ¡Adiós, amigo, adiós! ¡Qué diferente nuestra suerte! Para tí, todo... amor, riquezas, satisfacciones... ¡No quiero que me veas llorar! (Sale.)

CAR. ¿De modo que te cuesta el dinero?

FLOR. ¿Qué quieres? Por tí, por evitarte un disgusto. Estabas tan nerviosa. Yo me hubiera batido, hubiera llevado las cosas al último extremo... Zurita lo sabe.

CAR. ¡Siempre dije que el monumento nos costaría caro!...

FLOR. Ya lo ves. Dos mil pesetas ahora, veinticinco mil que dí para el monumento... el uniforme de Jefe de administración, que pensaba estrenar en la inauguración... los obsequios á las comisiones...

ZUR. La gloria cuesta siempre más de lo que vale.

FLOR. No puede uno ser célebre ni de segunda mano.

CAR. ¿Te pesa?

FLOR. No, Carolina mía. La gloria de ser tu marido, bien vale para mí los inconvenientes de ser el marido de su viuda.

TELON

Obras de Jacinto Benavente

PUBLICADAS EN TRECE VOLÚMENES, SEGÚN HAN SIDO ESTRENADAS.—SE VENDEN Á 3,50 PESETAS CADA TOMO EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

El nido ajeno, comedia en tres actos.
Gente conocida, comedia en cuatro actos.
El marido de la Téllez, comedia en un acto.
De alivio (Monólogo).
Don Juan, comedia en cinco actos. (Traducción.)
La Farándula, comedia en dos actos.
La comida de las fieras, comedia en cuatro actos.
Cuento de amor comedia en tres actos.
Operación quirúrgica, comedia en un acto.
Despedida cruel, comedia en un acto.
La Gata de Angora, comedia en cuatro actos.
Por la herida, drama en un acto.
Modas, sainete en un acto.
Lo cursi, comedia en tres actos.
Sin querer, boceto en un acto.
Sacrificios, drama en tres actos.
La Gobernadora, comedia en tres actos.
El primo Román, comedia en tres actos.
Amor de amar, comedia en dos actos.
Libertad, comedia en tres actos. (Traducción.)
El tren de los maridos, comedia en dos actos.
Alma triunfante, comedia en tres actos.
El automóvil, comedia en dos actos.
La noche del sábado, comedia en cinco cuadros.
Los favoritos, comedia en un acto.
El Hombrecito, comedia en tres actos.
Por qué se ama, comedia en un acto.

Al natural, comedia en dos actos.
La casa de la dicha, comedia en un acto.
El dragón de fuego, drama en tres actos.
Richelieu, drama en cinco actos. (Traducción.)
Mademoiselle de Belle-Isle, ídem íd.
La princesa Bebé, comedia en cuatro actos.
«No fumadores», chascarrillo en un acto.
Rosas de otoño, comedia en tres actos.
Buena boda, comedia en tres actos. (Traducción.)
El susto de la Condesa, diálogo.
Cuento inmoral, monólogo.
Manont Lescaut, drama en seis actos.
Los malhechores del bien, comedia en dos actos.
Las cigarras hormigas, juguete cómico en tres actos.
El encanto de una hora, diálogo.
Mas fuerte que el amor, drama en cuatro actos.
El amor asusta, comedia en un acto.
Los buhos, comedia en tres actos.
La historia de Otelo, boceto de comedia en un acto.
Los ojos de los muertos, drama en tres actos.
Abuela y nieta, diálogo.
Los intereses creados, comedia de polichinelas en dos actos.
Señora ama, comedia en tres actos.
El marido de su viuda, comedia en un acto.
La fuerza bruta, comedia en un acto y dos cuadros.

ZARZUELAS

Teatro feminista, un acto, música de Barbero.
Viaje de instrucción, un acto, música de Vives.
La sobresalienta, un acto, música de Chapí.
La copa encantada, un acto, música de Lleó.
Todos somos unos, un acto, música de Lleó.

Precio: UNA peseta

50 POR 100 DE AUMENTO